

Testimonio Alfredo Ruiseco Avellaneda, la generación de 1929.

IISUE, La Generación de 1929. Testimonios. Entrevistas de Jorge Mario García Laguardia

La Autonomía universitaria en México, México, UNAM, 1979. (Colección Cincuentenario de la autonomía de la Universidad Nacional de México, v. 1). Pp. 366-374.



Alfredo Ruiseco Avellaneda

Originario de la ciudad de Veracruz. Nace el 14 de octubre de 1910. Hizo sus estudios primarios en el Internado Nacional en la ciudad de México, desde el que ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria. Miembro del Directorio de la Huelga en la Escuela Preparatoria Nocturna. El mismo año de 1929, ingresó a la Facultad de Jurisprudencia en donde cursó su carrera, concluida el año de 1934. Fue profesor de historia en la Escuela Preparatoria y de historia del arte en la Escuela de Artes Plásticas.

Fundó en Manzanillo, la primera escuela secundaria de la que fue su primer director y la sirvió en docencia gratuita por varios años. Fue secretario general de Gobierno, Diputado Federal y Senador de la República. Representante de México en el Parlamento Latinoamericano en Lima, Perú.

Al terminar su período constitucional de Senador de la República, se hizo cargo de sus negocios particulares, que atiende actualmente en la ciudad de Manzanillo.

[Nota del entrevistador]

Independientemente de los datos históricos, que corresponden al desarrollo de los hechos, que determinaron la Revolución Universitaria que ganó la autonomía, puntualizados ya al través de la prensa y por otros medios de información, según la opinión de varios de mis valiosos compañeros, en exposiciones brillantes y emocionadas, siempre esencialmente veraces y conservando su vívida nitidez, no obstante el medio siglo transcurrido, lleno todo él de incidencias amargas, me parece indispensable hacer algunos comentarios y señalamientos, que apuntan hacia el otro perfil determinante de la aspiración del mundo universitario de aquel entonces, hacia su liberación espiritual.

Es grave y a menudo triste, vivir cincuenta años, primero como modesto pero apasionado protagonista de aquel drama, y después como espectador de los frustráneos episodios que han agobiado y agobian, que deforman y a veces borran el trazo ideal de la Universidad, que con limpia pasión juvenil quisimos y queremos todavía. Ahora, con madurez que nostálgicamente siente vivo el rescoldo del pasado henchido de recuerdos, que desde el agobiante “exilio interior”, que diría Juan Carlos Onetti, ya no podríamos revivir dándoles ese moroso y apasionado trato, que devuelve las cosas que llenaron una vida a nueva y palpitante presencia. En algunas ocasiones nos nubla el ánimo la impaciencia airada ante la ignorancia y la grosería en el trato con las ideas, de muchos de los que han tenido en sus manos la responsabilidad de la educación superior. Han impedido proyectar la enseñanza desde el pretérito, desde las experiencias aleccionadoras, que al ser olvidadas intencionadamente, dejaron destrozadas y malogradas tres generaciones de mexicanos, que perdida la probidad y simulando ignorar el sentido de la vida nacional, aún no pueden, como dijo un ilustre educador, enfrentarse a “la prueba moral de la democracia”.

A la inversa de la ingenua fe decimonónica en que sería la Patria la que fuese la Escuela, nuestra generación pronto arribó a la convicción de que la Escuela no podría ser más de lo que lograrse ser la Patria.



Ahora lo vemos con melancólica desesperanza: nuestra Madre Espiritual, como la nación mexicana, sigue siendo un ardiente crisol donde borbotean con permanente turbulencia, los misteriosos ingredientes de nuestra bifronte realidad cultural sin que se avisore, hoy por hoy, el logro del sólido y limpio metal de su destino.

Me parece válido que yo afirme que paralelamente al perfil político, tan bello y justificado del movimiento autonomista, estaban presentes un conjunto de principios teóricos, de convicciones filosóficas que fueron también, con su gran peso espiritual, parte principalísima de su causalidad y justificación. Quienes afirman que sólo tuvo la revolución estudiantil objetivos meramente escolares, y pretenden caracterizar la autonomía como un regalo de tal o cual funcionario, están obediendo todavía a una vergonzante adhesión a intereses inconfesables.

Estos principios teóricos, que ya figuraban en las resoluciones del primer Congreso Internacional de Estudiantes, bajo la rectoría del maestro Vasconcelos, y cuya redacción declarativa seguramente se debió —aunque podría equivocarme— a la inspiración de los “sabios” y de otros intelectuales auténticos, que representaron las convicciones e ideas del mundo universitario iberoamericano, llegaron a la Universidad de México junto con los ecos de la reforma universitaria argentina. Con las primeras ideas de Francisco Romero sobre los nuevos conceptos del hombre, a las que casi simultáneamente se sumó la portentosa aportación de José Ortega y Gasset, desde la Universidad Central de Madrid, tanto por sus propias ideas, cuanto por la invaluable divulgación del pensamiento surgido de las universidades alemanas, hecho público por medio de la “Revista de Occidente”.

Por primera vez en México, se puso en el tapete de las discusiones el verdadero valor de la Historia y, consecuentemente, la idea de la “cultura”.

Nuestra generación tomó estos conceptos como brújula orientadora para enfrentarse a la indescifrable realidad nacional.

Roto por la generación del Ateneo el grillete epistemológico que sujetó la idea del hombre a la razón positivista, quedó abierto el foro para las ideas del siglo XX. Llegaron para no irse ya, como los coros de los teatros griegos anunciaban, con su sonora resonancia, el trágico fin de la “razón pura”.

El hombre era algo más que una abstracción racionalista, lograda por el método de las ciencias naturales. Su conocimiento habría de partir de los datos reales que la experiencia del sujeto hincaba en la conciencia, para convertirse en la materia imprescindible de la historia.

El saber sobre el hombre debería estar fundado en la totalidad concreta y palpitante de toda su naturaleza, ya no condicionado por la estructura kantiana de la conciencia cognoscente, que sólo alcanzaba la fantasmagórica imagen categorial de las cosas.

La conciencia, en los nuevos conceptos gnoseológicos, era la receptora directa de los hechos y experiencias de lo dado en el mundo, tal como ocurrieron y son en la realidad objetiva. Así, al ser totalizado el conocimiento del hombre, aparecía al lado de las determinantes racionales de su naturaleza todo ese mundo misterioso y fascinante, pero innegable, de las determinantes “morales”, espirituales, históricas y culturales, como se les fue llamando en sucesión cronológica. El ser humano era mucho más que biología, era ante todo y por sobre todas sus demás características, substancialmente historia.



En torrente toman lugar en el horizonte del saber de las ciencias de lo humano, con rango esencial y condicionante, un portentoso conjunto de conocimientos que Enrique Rickert llamó ciencias culturales: la filología, la antropología, la etnología, el derecho, la justicia como forma social de la ética, el complejo general del arte, el valor de la divinidad, tanto como base específica de ciertos conceptos del universo, cuanto como “saber de salvación”.

Juntamente con la profundidad y estilo de aplicación de las ciencias físico-matemáticas, propio de los diversos niveles culturales, el concepto de la realidad se enriquecía con los conocimientos enumerados, para entender que todo ese acopio de saber constituía el escalón básico para alcanzar la validez universal de las ideas de historia y de cultura.

La historia había sido un arte narrativo. Si iba a dejar de serlo, había que descubrir sus “leyes”, para convertirla en la conciencia primordial de la vida humana. Su búsqueda apasionada y genial difundida con profusión torrencial, fue el acicate que impulsó a nuestra generación hacia un ahondamiento de lo que debería ser la historia.

Juan Bautista Vico, desde el siglo XVIII fue el precursor, a partir de su idea de los ciclos históricos (teocracia, aristocracia y democracia). Posteriormente aparece una serie de especulaciones sobre el hombre, como resultado de la ya ineludible presencia de la historia. Frecuentemente la especulación se alejó de su materia: “lo humano”, deformándolo. Se fue la imaginación de los pensadores hacia causalidades que ya no estaban en el piso firme del verdadero acontecer. Nietzsche y el conde Gobineau, ese extraño francés inoculado del prusiano, parecen complementarse entre sí, para desviarse hacia el absurdo de la superioridad de los hombres por la raza. Spengler elevó a literatura genial —algunos de sus capítulos tienen finura musical— su idea sobre la periclitación de las culturas, superlativamente la occidental, por la que su pensamiento llegó a niveles heroicos y le inspiró un wagneriano de profundis concertado con lo que él llamaba los “años decisivos”.

Pero ahondar en la historia y en sus posibles “leyes” era dar de manos a boca con la idea de “cultura”.

De la antropología y la etnología, llegaban, desde las observaciones geniales de León Frobenius y otros muchos, objeciones gravísimas a la idea de la mortalidad de las culturas. Quedó firme desde entonces el esquema de su multiplicidad y equivalencia, de su presencia evolutiva y permanente, en las grandes formas del devenir humano.

La cultura es, ante todo, un estilo de vida que involuntariamente adquieren los pueblos desde sus orígenes más remotos. Es el ámbito causal más allá del que sólo queda el misterio. Es la expresión en el mundo de lo existente, del ser-hombre como totalidad concreta individual y como ser social, de la decisión ancestral primigenia de vivir, de existir, de un modo singular y seguramente irrepetible en el espacio y en el tiempo: mitos, magia, dioses, ideas de los astros, artes, sexualidad y sobre todo el poético misterio del lenguaje. En suma la “kwel” nórdica, nebuloso vocablo que parece ser la remota raíz de “cultura”.

Tomar conciencia de esta condición de hombres y pueblos dentro de la transcurrencia histórica y llegar con ella a la idea de “nación”, significa que los individuos tanto como las sociedades en que viven, han logrado arribar al conocimiento de su propia “identidad”.



Si a través de la historia se llega a la idea de cultura y ésta constituye la base de toda posible identidad, se descubre que la cultura, como modo de ser y como estilo de vida, no es lo que se manifiesta en el uso vulgar del lenguaje, un acumulamiento de saber, de erudición literaria científica o filosófica: es una virtud —la más alta en su viejo y másculoso significado latino—, una fuerza para ser como se es, “es categoría del ser y no del saber”, dijo alguna vez Max Scheller.

Solía decir el maestro Lombardo Toledano, en alguna de sus inspiradas clases de ética, que esa “virtud” debería pronunciarse sin la letra “d” porque ese signo era como una limitación a la fuerza semántica del vocablo.

Tomar conciencia de la fuerza determinante de una cultura, es ser más ser-humano. Es adquirir dentro del espacio histórico la firmeza para reconocerse uno mismo, en el tipo de arte producido, es alcanzar la forma necesaria de aplicación de la ciencia y la técnica, es llegar a la idea del bien y de su emanación social de la justicia, es sentir que al través de la forma de “lo culto” se puede alcanzar, también, el misterioso valor de “lo santo”.

Si un pueblo ignora todo esto de sí mismo, jamás podrá tener identidad para penetrar con ella en la plural convivencia de las naciones, de las civilizaciones y de los Estados. Ni podrá calibrar, dentro de las ideas políticas de poder, el “deber ser” limitante, moral, político y jurídico de los Estados hegemónicos.

Cuando una nación no se apoya en la firmeza histórica de sus orígenes, que legitiman invariablemente su presente, en un concepto total de su existencia como sociedad, acabará sometiendo sus estructuras productivas y económicas, su estilo artístico, su idiosincrasia toda y hasta su lenguaje, a la preponderancia de fuerzas políticas exteriores, quebrantando su independencia e hipotecando tal vez para siempre su libertad.

La cultura debe ser, fundamentalmente, norma rectora de la conducta internacional frente a las demás naciones. Sin ella, no se puede hacer frente y responder a las interrogantes que plantea nuestro mundo intolerante y violento que —lo habíamos vivido dentro de la primera Guerra Mundial— ya estaba colocado en el despeñadero hacia una sima de exterminio. Lo avizorábamos ya: no de ejércitos, sino de civilizaciones y pueblos, del total de las formas logradas de existencia humana y, con ellas, de todo lo que en la búsqueda milenaria del sentido que pudiera tener la vida, había quedado como huella en los hitos peraltados de la fatigosa y dialéctica marcha del hombre hacia el progreso.

Nunca habrá sido más necesario —pensábamos en aquellos momentos— el logro de una irrestricta libertad de acción, de pensamiento, de expresión, de investigación y de enseñanza, encaminados a redimir la conciencia mexicana de la rígida ergástula de los intereses políticos, de prejuicios teóricos viejos de muchos siglos —acaso desde la primera oración de Cervantes de Salazar, en la apertura de la Real y Pontificia Universidad en 1553, se introdujo este comején—. Era necesario encaminarla hacia la posibilidad de integrarse como núcleo consciente, libre y total de la persona individual con una colectividad que no se le ofreciera desde fuera como alternativa para sobrevivir, sino como la condición necesaria y real donde su auténtico ser pudiera penetrar hasta su fondo cultural, para descubrir que sólo allí es posible encontrar la esencial “alteridad” que significa la existencia de los demás. Sólo así podría encontrar el sentido de la expresión “yo mismo”. Porque si no asumiese la



experiencia de ser con los demás, jamás podría romper el falso destino que lo convierte en solitario exposito de la vida. Esto “sabía” o creía saber mi generación.

Pensar que no tuvo hondura espiritual el movimiento de 29 es simplemente afirmar una tontería, que sólo interesará propalar a los herederos de la simulación y el profesionalismo falsario. Porque no es concebible que nadie crea que un fenómeno social y cultural como el de la autonomía universitaria, conservara su importancia a lo largo de 50 años sólo por razones fútilmente escolares.

El “leitmotiv” político fue obviamente “el maximato” y no voy a entrar a enjuiciarlo aquí. Le concedemos la razón a Alejandro Gómez Arias, al decir que hablar de la autonomía y su heroica batalla, es un “tabú”. Lo es todavía, porque las grandes y graves objeciones a la realidad política, económica, social y cultural y a los hombres del México de los veinte, o las contestan los vicarios de parroquia del poder de todos los tiempos, envejecidos pero no corregidos, o las respuestas surgen como en el Tenorio: desde lo alto de las rotondas y los mausoleos. Sería infantil discutir con monumentos sacralizados por decreto. Mantengámonos, pues, un poco agobiados por las remembranzas, en el campo de las ideas si ello nos es dable. ¿La sangre? ¡Ni hablar! No podemos olvidar que en la raíz del alma, “la sangridad” que introdujo en su pintoresco español la escritora Ma. Luisa Mendoza aún está presente. Desde nuestro rincón mexicano, pensamos con el maestro José, que su Huichilobos vaga todavía por los valles y las cumbres de Iberoamérica; y de cuando en cuando, descansa satisfecho en las plazas ceremoniales de Anáhuac.

Sólo la Universidad, cuyo parto aconteció a trancos interoceánicos, desde la maternal Salamanca de Nebrija (¿maestro de Hernán Cortés al través de Fco. Núñez de Valera?), Suárez el granadino, Victoria al alavés y el valenciano erasmista Juan Luis Vives ¡tan nuestro! Sólo por la defensa que inspiró a la Reina Católica en favor de sus vasallos los indios y cuyas sorprendentes doctrinas jurídicas anegaron la razón de Bartolomé de las Casas con frenético ánimo redentor. Sólo la Universidad Nacional, la única hija legítima del México eterno, conciencia, corazón y expresión de su cultura, la de Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Henríquez Ureña, González Martínez, López Velarde y tantos y tantos, podía y debía elucidar y esclarecer el apretado y duro haz de sus esencias originarias: “No existe el pueblo, sin la homogeneidad de la cultura. No puede existir. Inútil pensar que se integre orgánicamente la democracia, sin el imperio universal del saber”. Decía dolorido, pero siempre enhiesto Antonio Caso.

Y nosotros queríamos el pueblo. Sabíamos que en la entraña de su existencia inmemorial latían con pulso vivo las experiencias de una nación violentada y dividida una y otra vez, por coloniajes, invasiones y miserias provocadas y mantenidas por la codicia nacional e internacional. Queríamos ese pueblo para el bien, la justicia y la paz.

No obstante, jamás sentimos perdida la esperanza de que México pudiera ser uno de los pocos lugares del mundo americano, donde las dolorosas aculturaciones y los mestizajes, acontecidos bajo anatemas criollos, se tradujesen en un módulo armonizador de contradicciones. Si éramos y somos —tal vez todavía— una Patria revolucionaria, por y para eso mismo, herederos al fin de los centauros muertos o vivos aún, llamábamos, apenas 19 años después del estallido revolucionario de 1910, al somatén de las conciencias. Queríamos lograr, dentro del campo escolar para proyectarlo a la vida ciudadana, un mexicano redimido de la miseria, la ignorancia y el miedo.



Éstas, es bueno decirlo, ya eran en parte las ideas de nuestra generación, que con las de José Vasconcelos y el conjunto de pensamientos políticos universitarios, formaban la trabazón en la que se apoyaba la masa estudiantil y su huelga universitaria. Pretender separar un aspecto del otro, dentro del gran movimiento autonomista, es carecer de mirada y sensibilidad totalizadora de realidades para determinar el contexto de todo aquel episodio.

La Universidad fue vasconcelista porque el posible aunque remoto gobierno de José Vasconcelos, garantizaría desde la altura intelectual de un gobernante con esa dimensión, el respeto a la libertad necesaria para que el espíritu de la Vieja Casona se desarrollase para siempre, abierto a todas las corrientes de pensamiento que legitimaba su historicidad. Por eso estaban allí desde todos los estratos intelectuales los grupos ideológicos más diversos. Los marxistas arrimaban lo suyo a la caldera de la pasión liberadora y su apoyo que nunca perdió entusiasmo fue excelente para el triunfo de nuestra causa. No importa los rumbos que tomaron después de la expedición de la Ley de Autonomía.

Era evidente la discusión de nuestras ideas en todas partes, especialmente donde se improvisaba un centro de reunión siempre modesto, a los que frecuentemente asistían gentes como Pablo González Casanova, El Viejo, el doctor Palacios Macedo, padre de los “sabios”, el caballeroso Pedro Robredo, que hacía de su negocio librero una fuente de información personal, el profesor de francés, de inteligencia extraordinaria y viva, chispeante como su sangre sevillana Miguel Ángel Saña, el arquitecto y vitralista de origen catalán, solemne y talentoso Santiago Marco Fernández, el ultramontano católico pero pecador incorregible Carlos Carriedo Galván, la talentosa y fina cabeza estudiantil de Joaquín Romero Sologuren, el sereno y prudente historiador Joaquín Ramírez Cabañas. Casi siempre, el inmemorial viejo pero de ánimo juvenil y magnífico, que de cuando en cuando dejaba caer sus perlas de buzo diamantista Renato Leduc, Baltazar Dromundo que no necesita adjetivos, Rubén Salazar Mallén desbordado e inteligente, Andrés Henestrosa ya cazador de erudición que lo llevaría a la Academia, Santiago Aguirre Zertuche, Juan Amador Tamborrel, el insustituible líder y orador Efraín Brito Rosado, el historiador extraordinario Héctor Pérez Martínez, el doctor Millán, José Valenzuela Rodríguez, los periodistas Kiff del “Excelsior” y el casi mitológico Jacobo Dalevuelta del “Universal”. Algunas veces, los miembros del portentoso grupo de “Los Barandales”, derrochando siempre ingenio y talento a pesar de su casi adolescencia, Octavio Paz, Salvador Toscano, José Alvarado, Rafael López Malo, Manuel Rivera Silva, Arnulfo Martínez Lavalle, Raúl Vega Córdoba y algunos otros más.

Otras ocasiones llegaba atizando el calor de las discusiones el grupo apasionado y enojón de las mujeres: Nelly, Aurora, Adelina, Rosa, Sofía. A una de ellas, Elvira, por la sosegada condición de su brillante talento y el cariñoso estilo de su camaradería, aunados a su firme corazón de luchadora, algunos la recordamos como a una hermana muerta. Solían ser tan clamorosas las polémicas académico-políticas, que trajeron esporádicamente la presencia turbada e indecisa de los juristas Luis Chico Goerne y el penalista irónico y aristocrático maestro Esteve.

Soy enemigo de las estadísticas, pero invoco estos nombres para sugerir la altura de las ideas que nos preocupaban. No, no se perdieron las palabras; en todo caso, las recogió la Universidad maltrecha y amenazada pero libre. Tampoco envenena la culpa, la memoria del tiempo perdido en la lucha que impidió a muchos ser abogados, médicos o ingenieros millonarios. Pero hemos podido llegar a lo largo del tiempo, una que otra vez, hasta los portones de la ya madurada Casona que un



día destrozaron los “bazookas”, con ánimos de llamar. Queríamos, como Malraux ante Vietnam, reafirmar nuestra justificación temporal, entregando lo que restaba de la ya marchita prestancia física, participando como activistas y militantes para evitar que la Patria cargase con una “culpa universal”, como la que un tirano enloquecido puso “ad eternam” sobre los hombros de la nación alemana.

Refrendamos hoy, con “satánico orgullo”, como dijo una vez Renato, las dos decisiones que tomamos entonces para hacer de la Universidad Nacional, el núcleo libre y orientador de la República. Lo que además nunca podrá dejar de ser. Una Universidad con ese toque de eternidad, como la que creó en Francia, desde su tosco atril de madera, el capellán del rey San Luis, Roberto Sorbón. En las convicciones que allí nacieron, se apoyó desde siempre el heroico talón de los franceses para saltar a los siglos, con su orgullosa sobrevivencia.

Decidimos entonces, para ese fin, apoyar la candidatura de José Vasconcelos a la presidencia de la República porque en él, el hombre y el maestro, iban juntos todos los atributos de la grandeza. Sus ideas que, desde la belleza relampagueante de su obra, revelaron al Continente Iberoamericano que aún no se había extinguido el linaje de Bolívar.

Su trayectoria política, que tuvo el prestigio de la escuela rural. Su ideal de Ministro de Educación, de llevar hasta el pueblo las corrientes del saber universal. Su ejemplo de honradez y de afirmación de su dignidad personal que prefirió la renuncia a la tolerancia envilecedora.

Sus amores dramáticos, que alarman a las buenas familias aspaventeras, los vivió como viajes a la perfección interior, para paliar en sus arrebatos apasionados, casi con doloroso arrepentimiento, las lastimaduras que le causaba el oprobio de su tiempo. Era un hombre lleno de genio, de poesía de alma dentro, estremecida como la de Chocano, airada como la de Sarmiento, desbordada en pasión por el espíritu como la de Andrés Bello. Por eso fue nuestro.

Decidimos también elegir como líder a Alejandro Gómez Arias, el compañero magnífico. El hermano generoso y de alma amorosamente extrovertida hacia la Universidad y sus hijos. Jamás quiso otra cosa que estar inmerso en el corazón universitario. Era su causa. Le llamábamos a veces el “maestrillo” y lo fue en grande, de políticos, artistas y poetas. Tuvo la voluntad insobornable de ser, sin pausa, intelectual y ciudadano ejemplar. Supo siempre que la más alta calidad de enseñanza se daba en la ejemplaridad de pensamiento y conducta, de ahí su abstención a ingresar a la corrupción política.

En ocasiones recibía mordiscos de la insignificancia reptiloide que desde lo oscuro de su habitat agrade invariablemente lo valioso y lo limpio. Fue, con Caso, el mejor orador de su tiempo. Tenía la emoción necesaria para temblar desde adentro con su verdad y darle a su voz estremecida una sonoridad sorprendente. Por esto convencía y fue respetado por el pueblo universitario. Su saber polifacético, cuando era requerido por alguien, lo entregaba con elegancia suma y sin afectación. Tal fue nuestro líder.

Pusimos estos hombres “sobre nuestra cabeza y nuestro corazón”, pascaliano tributo de honradez para que la Universidad libre pudiera responder ante los hombres de México a una de esas preguntas, que al formularse implican todo el destino de un pueblo y provocan las grandes crisis históricas.



Si lo decimos ahora con esta atropellada emoción, es porque todavía, de algún modo que arrastra consigo su humildad y a la sazón su inevitable contrición, quisiéramos ser escuchados por la Universidad Nacional Autónoma. Entrañable baluarte de la democracia inalcanzada y de la altiva aspiración histórica de los mexicanos a su total liberación.

